

fin la entereza de su magisterio. Cada palabra, cada expresión, cada sugerencia están en estos textos en su lugar o, como se ha dicho, «en su casa», en el complicado y sin par lenguaje metafórico, pero al mismo tiempo de insustituible precisión y significación que tanto caracteriza el estilo filosófico de Martin Heidegger. La crítica filosófica tendrá ocasión de perfilar las relaciones que el propio Heidegger intenta establecer entre su pensamiento y la filosofía del ser de Franz Brentano, sin la cual hubiera sido inconcebible el desarrollo de la fenomenología y en quien Heidegger un indiscutible maestro suyo y de otro. O entre obras como *Ser y tiempo* y la fenomenología de Husserl. O más aún entre Heidegger y Max Scheler, por quien tanto él, como Ortega, alimentaran una gran admiración, o entre Heidegger y Nicolai Hartmann, el gran profesor de Berlín, el autor de la más sólida ontología filosófica de nuestro siglo. O se podrá detectar una vez más la presencia del pensamiento griego más puro en la filosofía de Heidegger.

Pero los testimonios a los cuales aludimos, poseen otro tipo de indiscutible interés. Hay en ellos referencias sorprendentes, en un temperamento como el de Heidegger, a la vida universitaria y editorial alemana. Nos cuenta Heidegger lo que debe la fenomenología a una editor tan entusiasta y generoso como Max Niemeyer y sus sucesores y su casa, presentes durante más de medio siglo en la difusión de las ideas de Husserl y del propio Heidegger. Hablando de la publicación, gracias a Niemeyer, de los primeros escritos de Husserl, Heidegger escribe: «El editor no podía saber entonces que el porvenir de su nombre permanecería ligado a la fenomenología que iba rápidamente a determinar el espíritu del siglo». Recuerda Heidegger sus estudios de dogmática con Carl Braig, sus trabajos primeros sobre Husserl, las relaciones de éste con Rickert, su antecesor en la cátedra de Friburgo, antes de que Rickert pasara a Heidelberg, para suceder a Windelband. Recuerda igualmente los trabajos del discípulo de Rickert, Emil Lask, caído en 1915 en el frente de Galitzia. Y habla de sus propias dificultades para suceder a Nicolai Hartmann en la cátedra de Marburgo, de sus relaciones personales con Husserl, sobre las cuales tanto ha especulado la malevolencia.

Son ecos de una época de incomparable riqueza de pensamiento en el espíritu de un filósofo que se dice extraño a la búsqueda sobre la conciencia interna de su tiempo, y que con todo alguna vez ha abandonado su casi absoluta reserva confesional, para revelarnos las relaciones íntimas con algunos contemporáneos y con algunos temas candentes del tiempo como es el tema del lenguaje, el tema de la técnica o el tema del nihilismo planetario. Una de las pocas veces que abandonó su reserva fue en ocasión del ochenta cumpleaños, cuando el joven profesor de Worms Richard Wisser pudo publicar su libro, *Conversación con Heidegger*, donde se recogen además extraordinarias reflexiones sobre el gran filósofo de grandes espíritus de nuestra época como Heisenberg y Ernst Jünger.

## Lenguaje y metafísica

Presente está sin duda el espíritu de Heidegger en el tema hoy candente del destino de la poesía, del lenguaje, de la metafísica. Sus reflexiones sobre la poesía de Hölderlin, Rilke o Trakl constituyen una buena prueba de ello. La presencia de Heidegger en

el asunto es importante hoy cuando el tópico de la supervivencia de la literatura está de moda. Como lo es el de la supervivencia del arte, del teatro, de la metafísica. Heidegger coloca el certificado de defunción en las páginas animadas por un incontenible ardor poético y profético de Nietzsche. ¿Pero es acaso posible que la obra de enorme belleza creadora del profeta de Sils María, a quien Ortega verá erguido en un risco de la Engadina, lanzando amenazas contra el siglo que moría, es posible que la creación de uno de los escritores más completos de la literatura alemana, contenga la muerte de la metafísica?

En realidad, una cosa es proclamar la muerte de la metafísica, y otra cosa es contener en la propia obra los signos de esta misma muerte. Lo que Nietzsche proclama es la pleamar del nihilismo. Lo hace con tanta fuerza, que en sus páginas buscan energías cradoras los grandes espíritus alemanes de nuestro siglo: Jünger, Heidegger, el mismo Rilke con toda su religiosidad, son tributarios del estilo de Nietzsche. Como la creación perdura, pese a las dudas en torno a la supervivencia de la metafísica, Heidegger proclama que en la realidad la metafísica ha sufrido una profunda mutación. Un radical cambio de dirección. A la metafísica especulativa pura, se ha sustituido la metafísica de la técnica y del trabajo orientada a escala planetaria. Heidegger era, sin duda, el filósofo destinado a decir tales cosas. Su diagnóstico es fascinante. A raíz de escribir *Sein und Zeit* él mismo proclamaba, según nos dice Karl Löwith recordando aquellos años, el reino de la «destrucción». Con esta misma palabra dicha en alemán: *Destruktion*. Es el diagnóstico de un hombre que, en medio de la pleamar nihilista de la técnica, manifiesta la solidez de sus raíces de hombre entero. En el homenaje que la televisión alemana dedicaba a Heidegger en su ochenta cumpleaños, Jünger decía del gran filósofo de Friburgo: «La patria de Heidegger es Alemania con su lengua; su lugar es el bosque. Ahí tiene su morada, en caminos sin retorno del bosque. Su hermano es el árbol.»

También Jünger nos dice que Heidegger es el fundador de un lenguaje. Un lenguaje profundo. El lenguaje de nuestro tiempo que busca de nuevo, acaso como nunca, las raíces mismas del lenguaje. Heidegger es el filósofo que se apodera de la palabra, en un sentido que es algo más que etimología, algo más que exégesis, algo más que hermenéutica. La palabra fresca aún, en el poderoso reino del silencio: «la ventana del humus del bosque». Metafísica planetaria del nihilismo de un lado, que hace posible que las culturas que no tienen tradición metafísica tengan presencia entre nosotros, al lado nuestro. Nuestro dominio de la palabra, de otro lado, con todo su poder creador, su fuerza primigenia, su perfección expresiva.

En estas condiciones tratar de la «supervivencia» de la literatura, cuando la lectura posee mayores posibilidades de universalidad que nunca, parece tarea ociosa. Lo que en cambio nada tiene de ocioso es establecer cómo se manifiesta hoy la «praxis» literaria, algo paralelo a la «praxis» metafísica cuando de la metafísica planetaria de la técnica y el trabajo se trata, y cómo camina la creación literaria en compañía de los signos de la escritura y sus «claves». Se trata de un mundo de inquietudes dispersas y no hay más remedio que considerarlo en modo disperso. Solamente los significados de su dispersión justificarán la unidad del propósito que los mueve.

## El mundo de la técnica

La filosofía de nuestro tiempo se ha ido preguntando con harta frecuencia, qué es en realidad y qué significa para nosotros y para nuestro porvenir la técnica y su mundo. Más de una vez los exégetas se han preguntado a su vez cuándo Heidegger —el filósofo más despegado de su tiempo y con todo ello ligado a los problemas esenciales de su tiempo— se ha planteado por vez primera la cuestión técnica. Sin duda alguna, el filósofo que ha dicho una vez que «lo que más nos da que pensar es el hecho de que no pensamos aún», se puede decir que ha pensado desde siempre, en torno a la esencia de la Técnica como fenómeno de nuestro tiempo.

La identidad que Heidegger establece entre la esencia de la Técnica y la esencia de la Metafísica no es, en realidad, una conclusión, sino una especie de punto de partida de su meditación. La situación cultural de Occidente le incita a la reflexión preliminar, que luego desarrollará en sus ensayos sobre la Ciencia y la Técnica. Donde por vez primera considera el filósofo lo que él mismo llama la importancia mundial de la Técnica, es en su *Introducción en la Metafísica*, en 1935. A partir de esta fecha, los problemas que plantea la Técnica en sus conexiones con la Ciencia, con la Metafísica y el destino del hombre abundan en los escritos de Heidegger. Por ello, si se trata de considerar la Técnica y la filosofía contemporánea, es imposible prescindir de las ideas de Heidegger en la materia. Lo que mayor difusión ha tenido, son sus reflexiones en una conferencia pronunciada en 1952, en Munich, titulada: *La pregunta en torno a la Técnica*. Pero otros textos contienen ideas acaso más sugestivas en este sentido, ya que el proceso del acercamiento de Heidegger a este importante problema es mucho más amplio y más complejo, hasta el punto de que, en cierto modo llega a condicionar toda su vuelta, la famosa «Kehre» heideggeriana, en la materia filosófica, que implica su inmersión dramática en las dimensiones de su tiempo.

La esencia de la Técnica está unida en los escritos de Heidegger a la esencia de la modernidad. Un texto suyo *¿Por qué los poetas?*, de 1946, parte de un verso de Hölderlin para analizar la obra de Rilke como poeta de la Técnica y de la modernidad. Busca el sentido de la presencia de los poetas en los tiempo de angustia de la noche del mundo. Al celebrar los veinte años de la muerte de Rilke sus *Elegías de Duino* y sus *Sonetos a Orfeo*, llevan directamente a Nietzsche, profeta de los tiempos que corren. La Edad de la Técnica es tiempo de angustia, el tiempo de los dueños de la Tierra, los dueños de la Tierra que son los muertos.

Es el nuestro un tiempo, como nos dice Rilke, en que «los ángeles no sabrían, a menudo, si caminan entre seres vivos o entre muertos». Este es para el poeta, el tiempo de la técnica y de la voluntad de poder. Por lo menos, a este terreno lleva Heidegger su amplio análisis de la poesía de Rilke, al meditar sobre la esencia de la Técnica y su gran influjo en la suerte del mundo.

Nos referíamos anteriormente a las consideraciones de Heidegger sobre la poesía de Rilke en cuanto expresión del mundo de la técnica. El filósofo buscaba en la poesía significados enigmáticos referentes a las grandes transformaciones del mundo. En Heidegger permanece, durante un cuarto de siglo, en lugar central, la meditación sobre la esencia de la Técnica. De ella depende la suerte de Europa y el mundo. Su auge coin-